

El pintor Benjamín Palencia

Tenía una recia figura de hombre del terruño, su cabeza era grande, de facciones acusadas que se abultaba aún más por su esponjada melena plateada en acentuado contraste con su piel soleada, curtida por los aires de Castilla, donde el artista encontró siempre el elemento esencial de su vida, en una comunión continuada con aquella naturaleza agreste y grandiosa, a la que amó apasionadamente.

Pero aquella desmelenada cabeza leonina humanizada su tosqueidad en unos ojos pequeños de un azul inocente, con un mirar penetrante y a la vez lleno de candor. Su voz bien timbrada era también párvula y confidencial, y tan solo crecía de entusiasmo para hablar de la pintura, de su pintura. Porque en este hombre conocí una de las vocaciones más hondas, más decididas y más excluyentes de las que tengo memoria.

Dicha presencia física traducía fielmente sus orígenes en cuna popular, allá en los confines de la Mancha albaceteña en el pequeño pueblo de Barrax, del que se trasladó a Madrid, no sabemos bien en qué año, porque en este tipo de conversación nuestro pintor era extremadamente recatado.

Podrían establecerse en la vida y en la trayectoria artística de Benjamín Palencia, dos visibles vertientes, separadas por la honda zanja que nos abrió la guerra civil, y precisamente este episodio le aconteció en la mitad de camino de su vida que hoy acaba.

Durante el período precedente al conflicto, desde los años veinte, en que presentó por primera vez sus obras en el primer salón de otoño, el nombre de Benjamín Palencia aparece asociado a todos los movimientos de vanguardia artística que tuvieron desarrollo en la capital de España; desde aquellos que fermentaron en la Residencia de Estudiantes junto con Moreno Villa, Lorca, Alberti, Dalí, etc., pasando más tarde por la Aso-



ciación de Artistas Ibéricos de Manuel Abril, Alberto Sánchez, Ferrant, Bore, etc. o por su personal creación de la escuela de Vallecas. Sus conexiones literarias también se establecen en los niveles más representativos del momento: Juan Ramón Jiménez le publica en 1923 con todo el esmero que le era peculiar un álbum de dibujos titulado «Niños», la revista Cruz y Raya dirigida por José Bergamín le elige como su más asiduo colaborador gráfico, y en la agrupación teatral «La Barraca» conducida por García Lorca se montan varias piezas con decorados figurines diseñados por Palencia. Entonces también realiza viajes por Europa, y

expone en París en la Galería Pierre Loeb.

Todo este tiempo es de incesante movilidad en el estilo de su pintura, reflejándose la huella surrealista, entonces en su mayor apogeo, durante un dilatado período. En los años precedentes a la guerra, es cuando cristalizan unas obras de gran síntesis y personalísimo acento, que a mi parecer constituyen uno de los momentos más felices y fecundos de su trayectoria artística. Se trata de unos paisajes sobrios, de tierras surcadas por el arado, o pobladas con duros pedregales carcomidos, otras veces los campos solitarios son transitados por un banco de perdices, o son depositarios de unos huesos calcinados por los soles.

A partir de los años cuarenta la pintura de Palencia se proyecta casi exclusivamente hacia el paisaje castellano que él recorre en continuo peregrinar y lo representa en toda su grandiosa dimensión geológica, bañado por una luz rutilante, asomándose alguna vez a la periferia de las ciudades como Toledo, Avila o El Escorial que aparecen mineralizadas y ásperas, al tiempo que ungladas de un estremecido misticismo.

Es a través de esta pintura de explosiva coloración y frenética factura, por donde Benjamín Palencia alcanzará los máximos galardones, y también será la que extenderá su fama y primará su cotización.

Fue este hombre un infatigable trabajador, las visitas a su estudio nos dejaban abrumados por el desbordante caudal de obra que colmaba todos los rincones. Fue un alma solitaria, vibrante y en continua zozobra con su natural inocencia. Descanse en paz.

JOSE ROMERO ESCASSI

